

*"El viaducto":
la experiencia de escribir una novela
sobre dos crisis históricas*

Darío Osses

Director Archivo Central Andrés Bello

ABSTRACT

The circular and lineal historical myths are briefly examined and the disturbing symmetries between two critical moments in Chile's history are discussed: the Civil War in 1891 and the rise and overthrow of the socialist president Salvador Allende. Finally the coincidences between both periods are shown to have given rise to an historical novel, *The Viaduct*.

Hay una frase bien sonante, sentenciosa, de esas que se usan para todo, desde epígrafes para novelas hasta tarjetas Village: «Aquellos que no conocen la historia están condenados a repetirla». La tenían escrita los fanáticos que se suicidaron en masa en Guyana. Desde luego con ese acto reiteraron ritos de autoinmolación que aparecen mucho antes en la historia.

Al margen de sus sonoridades de slogan, la sentencia de Santayana encuentra resonancias hondas, vinculadas con uno de los mitos más difundidos que existen sobre la historia. En efecto, esta frase remite a la persistente sos-

pecha humana acerca de la circularidad de la historia, que vendría a refutar la esperanza, proclamada por doctrinas y escatologías de muy distinto cuño, en una historia lineal, orientada en sentido ascendente.

Me parece que la historia como vector de progreso es otro mito, construido tal vez para sancionar las calamidades, latrocinios, tropelías y atrocidades que se han venido cometiendo a lo largo de la misma historia. A todos esos abusos puede dárseles un sentido, si se les pone por delante la certeza de un final feliz, en una operación semejante a la que ejecutan las teodiceas para justificar la porfiada existencia del mal, que parece irrompible, a prueba de redentores.

Con frecuencia se ha invocado la idea de que es necesario avanzar lo más rápida y directamente posible hacia el fin de la historia, a la estación terminal en la que se consumará algo parecido al paraíso, donde la solidaridad, el amor o la prosperidad material van a empaparnos a todos. Muchos hombres que han padecido persecuciones, exilios y otras privaciones, encontraron consuelo en la ilusión de que su sacrificio no era gratuito, que serviría para acelerar la historia y llegar más pronto a ese punto de estabilidad, reposo y perfección que se divisa en el tope. Otros, sancionan éticamente sus manejos de poder, su voluntarismo político y el sufrimiento que éstos ocasionan a sus semejantes, con la misma invocación: es el costo humano ineludible de los procesos de cambio. Otros, en fin, frente a errores o derrotas, invocan la absolución que la historia les otorgará, como si ésta fuera una entidad inteligente y suprahumana, una especie de Dios capaz de administrar el perdón y la justicia.

¿Qué ocurriría con todas estas invocaciones si la historia avanzara sin dirección o, peor aún, si se reiterara a sí misma, si replicara sus propios errores en escalas de magnitud cada vez mayores?

En el mito del eterno retorno, está implícita la condena a repetir cíclicamente las mismas calamidades. Este mito se encuentra extraordinariamente difundido, reaparece, por ejemplo, en sueños, como el de la sucesión de vacas flacas y gordas que inquietan al faraón, y también en los modelos de la moderna cosmología científica. Para ésta, el universo puede estirarse hasta terminar en la muerte térmica, o encogerse nuevamente, retraer el espacio y el tiempo, concentrarse al máximo para volver a estallar y a expandirse, y seguir así, en una eterna sucesión de ciclos de expansión y contracción. En esta infinitud del tiempo circular, la eternidad reiteraría perpetuamente cada uno de sus momentos —incluidos aquellos que pertenecen al tiempo histórico— con todas sus posibles variaciones. ⁽¹⁾

⁽¹⁾ Me parece que el fantasma de las repeticiones cíclicas aparece, por ejemplo en la percepción que tenemos de nuestra propia historia. En ésta se alternarían ciclos de euforia y

Mircea Eliade describe rituales de las sociedades arcaicas destinados a conjurar la historia, a regresar a un tiempo primordial, donde el hombre está a salvo de la temporalidad, y de los desgastes y achaques que trae el tiempo histórico. ⁽²⁾

Por el contrario, la ansiedad por sumirse en esta temporalidad y por otorgarle sentido, dirección y fin, parece un afán propio de esta época.

Todas estas referencias forman parte de la inquietud que me produjeron las coincidencias entre la crisis política que desembocó en la guerra civil de 1891, con la época de la Unidad Popular y su desenlace. ⁽³⁾

La generación de los que fuimos jóvenes en los años sesenta y setenta vivió para una historia lineal, que avanzaría en dirección del progreso, de la abolición de las desigualdades, del imperio de la justicia y la fraternidad, de la prosperidad, y todos los demás componentes de esa visión utópica que se remonta a los mitos de la Edad de Oro, a los cuentos populares de la tierra de jauja y a los movimientos milenaristas de la Edad Media. Sintió, además esta generación, que a ellos les correspondía llevar a la historia a su punto final y proclamaron su disposición a vivir y a morir para eso.

La autoinmolación, el sacrificio en aras no sólo de mejorar el mundo, sino de otorgarle un nuevo estatuto ontológico, aparece como una de las obsesiones de los años setenta. El personaje del guerrillero, especialmente del Che Guevara, fue el gran paradigma de la izquierda revolucionaria, y su emulación se convirtió en un deber ético para muchos jóvenes. ⁽⁴⁾

seguridad, con otros, de decadencia y depresión; los auges de la ganadería, del trigo, del salitre, de la industrialización, y más recientemente del acceso al crédito externo, se han sucedido en una especie de línea ondulatoria, que tiene sus puntos bajos en diversas crisis, recesiones y agotamientos. Los ensayistas de principios de siglo, Cabero, Encina, Valdés Canje y Nicolás Palacios, por ejemplo, corresponden a uno de esos momentos en que el país reflexiona acerca de su propia depresión.

En la percepción popular, los ciclos de nuestra historia económica, a menudo se han visto en términos de farras y resacas: nos farreamos la plata, el salitre y el crédito. Así, la deuda externa sería la última de las grandes resacas.

Otra manifestación del eterno retorno está en la alternancia entre momentos de autoritarismo con otros de anarquía o de euforia libertaria, que rompen a cada momento la regularidad de nuestra democracia.

⁽²⁾ Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno*, Alianza Emecé, Madrid, 1972.

⁽³⁾ En el excelente estudio de Bernardo Subercaseaux *Fin de Siglo. La época de Balmaceda. Modernización y Cultura en Chile*, Editorial Aconcagua, Santiago, 1988, se encuentra un sugerente examen de las simetrías entre el tiempo de Balmaceda y el del gobierno de la Unidad Popular.

⁽⁴⁾ Una variante del guerrillero, que también fue tremendamente movilizadora, fue el personaje del hippie, que al vivir en la forma diametralmente opuesta a la que proponía el sistema, contribuyó también con la subversión. Así por ejemplo, fue emblemática de la

Existía, además, en un sector considerable de la juventud, el convencimiento de que había que intensificar las contradicciones, la lucha de clases, y darle a la historia el empujón final.

Me interesé por la guerra civil del 91, cuando leí, en un ensayo de la profesora Alicia Ruiz, que a pesar de su variado registro dramático, «con episodios propicios a una interpretación literaria y con personajes que, como Balmaceda, son en sí toda una tragedia», este suceso no cuajó en un verdadero ciclo literario, como ocurrió por ejemplo con la Revolución Mexicana, que estalla sólo veinte años más tarde. ⁽⁵⁾

Para comprobar estas apreciaciones, intenté leer dos de las novelas escritas por actores del conflicto: *Al través de la tempestad*, de Luis Orrego Luco, congresista, ⁽⁶⁾ y *¡Revolución!*, de Anselmo Blanlot Holley, balmacedista ⁽⁷⁾. La de Orrego Luco se digiere con muchas dificultades, huele a añeja, los personajes chapotean en conflictos interiores y en dilemas morales

rebeldía de esos tiempos la película «Easy Rider», traducida como «Busco mi destino». De alguna forma, la muerte por violencia o sobredosis fue considerada heroica y parte de la subversión de los que se negaban a ir a pelear a Vietnam y a llevar una vida de buenos burgueses.

⁽⁵⁾ Ruiz Crooker, Alicia, *La revolución de 1891 en la literatura chilena*, Memoria de Prueba para optar al título de Profesora de Estado, en la asignatura de Castellano. Profesor patrocinante, Ricardo A. Latham, en: Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación. Instituto Pedagógico, Memorias de los Egresados, vol. 1. Departamento de Castellano. Santiago, 1958, pp. 101-181.

En este trabajo se examinan las principales novelas, memorias y crónicas, obras satíricas y piezas de teatro acerca del gobierno de Balmaceda y la revolución del 91. En sus conclusiones, la autora señala: «En relación con la magnitud y dimensión histórica del suceso revolucionario, esta literatura se nos presenta parva en cantidad y en valor estético. Usando las expresiones con una extrema amplitud, podemos indicar que toda ella se reduce sólo a: cuatro novelas; dos ensayos biográficos; seis o siete memorias; una sátira; un considerable conjunto de poesías (lo más abundante) y dos obras teatrales. Ningún reparo nos merecería el escaso número si se compensara de ello el alto valor literario; pero esta meritoria condición no se da en absoluto.»

Las novelas que reseña Alicia Ruiz en su trabajo son: *Al través de la tempestad*, de Luis Orrego Luco; *¡Revolución!*, de Anselmo Blanlot Holley; *Mauricio*, de Heraclio Fernández Chávez, y *Los últimos proyectos de Eduardo Castro*, de René Brickles Velasco. Aunque su revisión pretende ser exhaustiva, omite algunas novelas importantes, como *Zozobras*, de Benjamín Vicuña Subercaseux, y *La venganza de una loca o diarios de la dictadura*, de Luis de la Mar y Rotti, que menciona Bernardo Subercaseux en su artículo, «El 91 y la literatura» (*Revista Chilena de Literatura*, N°45, noviembre de 1994, pp. 121-125) Subercaseux hace referencia también a dos curiosas novelas de aventuras inglesas, y una alemana, que tienen como escenario la guerra civil chilena.

⁽⁶⁾ Orrego Luco, Luis. *Al través de la tempestad*, Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1914.

⁽⁷⁾ Blanlot Holley, Anselmo. *¡Revolución! Novela histórica americana*. Imprenta de obras de J.A. Barra, Buenos Aires, 1894.

que hoy nos parecen simples mañas. La de Blanlot Holley es panfletaria e intragable.

En los libros de los memorialistas, en cambio, está maravillosamente bien descrita la época y sus incidentes. Las *Memorias del tiempo viejo* ⁽⁸⁾, del mismo Orrego Luco, son muy superiores, como evocación a *Al través de la tempestad*. El libro de Fanor Velasco ⁽⁹⁾, es una visión de los sucesos de la guerra civil, bastante imparcial —pese a las simpatías congresistas del autor— desde un privilegiado punto de observación situado dentro del gobierno, en el mismo palacio de la Moneda.

Al asomarme a esa época, tuve la sensación de una historia que se repitió, 80 años después, en el breve período del gobierno de la Unidad Popular.

Pero lo que me resultó más inquietante fue especular sobre la posible ritualidad que había en estas reiteraciones. Porque durante el gobierno de Allende, hubo una invocación permanente de la figura trágica de Balmaceda.

¿Había allí un afán de mimetismo, un intento de conjurar de manera casi mágica el peligro de derrocamiento, o es que se erigió la figura de Balmaceda como un modelo ejemplar, como otro paradigma de autoinmolación?

Esta última alternativa me resultó particularmente provocadora, puesto que el personaje histórico real de Balmaceda, tenía poco que ver con la imagen de él que asimiló la izquierda de los años 70. En primer lugar, aun cuando dio cargos de importancia a personas de la clase media, siguió siendo un aristócrata y eligió como sucesor a otro político de las más rancia aristocracia, Claudio Vicuña. Por otra parte, reprimió a sangre y fuego al naciente movimiento obrero que, durante su administración, organizó las primeras huelgas en las salitreras y en Santiago. Todo eso fue olvidado por la propia izquierda que, al parecer, le daba más importancia al mito del presidente sacrificado que a la figura histórica de Balmaceda.

El martirologio de Balmaceda aparece, además, junto con la invocación que se hacía en ese tiempo de otras muertes, de otros martirios y de otras causas perdidas, como las reclusiones en Pisagua, durante el gobierno de González Videla; la guerra civil española, o, como ya lo he mencionado, la campaña del Che Guevara en la sierra boliviana. No deja de parecer significativa, además, la presencia de la palabra muerte en los gritos de batalla y en los eslóganes políticos: «Patria o muerte», «Dondequiera que nos encuentre la muerte, bienvenida sea...», etc. Hay, por lo tanto, al menos la posibilidad de que se haya celebrado un gran rito colectivo para reiterar si no un acontecimiento, al

⁽⁸⁾ Orrego Luco, Luis. *Memorias del tiempo viejo*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1988

⁽⁹⁾ Velasco, Fanor. *La revolución de 1891*, Memorias, Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1914.

menos su morfología, su argumento, que incluye como motivos centrales la derrota, el martirio y la muerte.

Es inquietante que los grupos que padecieron como la más dramática de las urgencias, la de llevar hasta su consumación y su fin a una historia lineal, hayan caído en la trampa de la historia circular.

Los gobiernos de Balmaceda y de Allende formularon sendos proyectos para apurar la historia, para empujarla por esta vía lineal y ascendente, para romper con cierta inercia tradicional, para imponer una voluntad presidencial de cambios. Ambos fueron violentamente interrumpidos. Así, dos presidentes constitucionales que habían iniciado sus gobiernos con tremenda adhesión y entusiasmo, terminaron acorralados, políticamente aislados, y sin otra salida que el suicidio, para salvar la dignidad del cargo de Presidente.

Ambos creyeron en la historia como una vía de progreso. Balmaceda, desde luego, fue devoto del mito del progreso ilimitado finisecular, y Allende creía en la consumación de la historia en el socialismo. Los dos murieron convencidos de que, a pesar de sus derrotas, la historia no iba a demorarse mucho en darles la razón. En su último escrito, Balmaceda señala su confianza en que su bandera, es decir su causa «será levantada de nuevo, en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y afortunados flameará un día, para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria...» Allende, al despedirse, anuncia que «más temprano que tarde, se abrirán las anchas Alamedas, por donde pasará el hombre libre para construir un futuro mejor.»

«En tiempo no lejano» y «más temprano que tarde», son expresiones casi equivalentes.

Mi proyecto fue conectar imaginariamente los dos tiempos, de manera que se miraran uno en el otro, y que en lo posible se confundieran sus reflejos, sus gestos, sus sueños.

El pretexto para esta conexión fue una teleserie acerca de la revolución del 91, que se estaría realizando durante el régimen de la U.P. ⁽¹⁰⁾ De esta forma podría crearse un conjunto de personajes y de situaciones de ambos tiempos, que al final alcanzaran una misma textura de evocación y cuyos roles en las dos épocas, resultarían intercambiables.

Subyace a la narración, la propuesta de que los relatos y sus imágenes, a través del cine y la televisión, son en este tiempo tan omnipresentes, y que se hacen cada vez más tenues los límites entre lo imaginario y lo real. Es fre-

⁽¹⁰⁾. De hecho, durante el gobierno de la Unidad Popular se produjo y se exhibió por el Canal Nacional una teleserie titulada «La sal del desierto», sobre Balmaceda y la guerra civil. Se proyectaba, además, hacer una película en que el personaje de Balmaceda estaría representado por el pintor Nemesio Antúnez. Estas obras también forman parte de la invocación del presidente Balmaceda, a la que me he referido.

cuenta, por ejemplo, que nos cueste acordarnos de si un suceso fue soñado, visto en película o conocido en una conversación.

Esta es la base de *El viaducto*⁽¹⁾, donde hay superposición de épocas y de personajes, donde hice el intento de recrear dos momentos históricos cuyos límites tienden a diluirse, de manera que los personajes parecen repetir una historia lejana, como si la actuaran, como si tuvieran un guión que poner en escena.

Pero, por sobre todo, intenté reproducir el drama de los que creyeron avanzar junto con la historia, de los que quisieron morir por y para la historia, y a los que, de la noche a la mañana, la misma historia se encargaría de decirles que sus caminos no son tan lineales ni tan claros, que no tienen sentidos tan unívocos, y de inducirlos a la sospecha de que a lo mejor carece de sentido y lo único que hace es dar vueltas en torno a sí misma o desparramarse caprichosamente, sin sujetarse a leyes, a morfologías ni a regularidades.

⁽¹⁾, Osses, Darío. *El viaducto*, Editorial Planeta, Colección Biblioteca del Sur, Santiago, 1994.